



CAPÍTULO I  
PUERTAS

門

*La visita a un templo siempre  
empieza por la puerta, pero ¿por  
qué hay puertas sin puerta?*



Cuando vamos a ver un templo del que hemos leído mucho en las guías de viaje, nos lo imaginamos en toda su gloria con sus jardines. Pero, cuando llegamos, ¿qué vemos? Una puerta. Ni rastro del templo.

Hay miles de puertas repartidas por todo Kioto, a decir verdad, creo que podrían ser decenas de miles. Las hay enormes, tan altas como edificios de tres o cuatro plantas, como la torre que hay frente a Chion-in y Nanzen-ji; más sobrias, como la de Honen-in, techada con paja, «al estilo rústico», y también más modestas, como las que hay frente a las casas de estilo antiguo. Mirándolas a pie de calle, estas puertas le dan un carácter diferente a la ciudad. Todo el resto de Japón no son más que edificios modernos en forma de caja. Sin embargo, en Kioto hay puertas monumentales.

Esas puertas nos indican que no estamos en Tokio. Hoy en día, la puerta principal es donde los turistas hacen cola para comprar las entradas. Allí se concentra la marea de visitantes antes de cruzar su umbral y subir por los escalones hasta tener ante sus ojos la imagen que han venido a ver. Es una gari-ta de peaje.

Antiguamente, la puerta significaba mucho más. Cuando la gente la franqueaba, creía haber atravesado una frontera absoluta entre el interior y el exterior. En la puerta, culminabas tu viaje para llegar ahí; empezaba un nuevo viaje, el viaje interior.

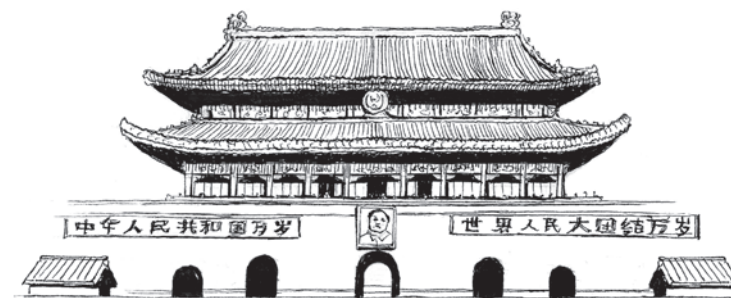
Es una idea muy potente que se extiende por toda Asia Oriental, llegando incluso a Bali. En Bali se ven esas puertas que parecen un pilar cortado por la mitad que luego han separado, así, las paredes lisas del pilar cortado enmarcan la vista del interior. Son «puertas infinitas», porque no están cu-

biertas y, por ende, no limitan la línea visual. Naturalmente, asumimos que esta es la entrada que nos lleva al templo, pero los balineses lo ven como una *salida*, es una puerta que te saca de tu vida cotidiana.

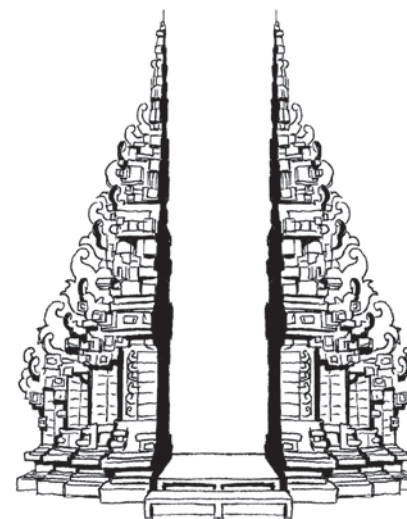
En el noreste de Asia —en China, Corea y Japón—, las puertas son estructuras robustas, con techo, lo contrario las balinesas, tan etéreas. Los chinos construían las puertas como si fueran pabellones, con pilares y tejado, y las elevaban sobre una fachada de ladrillo y mármol para que resultaran más imponentes. Las apabullantes cubiertas de teja, con sus líneas curvas, tenían un atractivo especial para los constructores. Así, las puertas se hicieron más y más grandes, y cada vez fueron cobrando más importancia hasta que, llegado el momento, se convirtieron en edificios en sí mismas. Los japoneses siguieron esta tradición. Las entradas más grandes incluso tienen salas de culto y de audiencia en los pisos superiores.

Es fácil confundir las puertas más grandes con los templos o palacios a los que dan paso. Un amigo mío estadounidense, que había visitado la puerta de Tiananmen de Pekín y la de Chion-in en Kioto, se sorprendió mucho al ver que yo me refería a ellas como *puertas*. Bien podían llamarse *puertas*, pero, para él, la de Tiananmen era un edificio palaciego y la de Chion-in, un templo.

Atravesar una *mon* (puerta) acabó significando iniciarse en un secreto religioso o artístico. Al franquearla, te convertías en discípulo de aquellos que moran al otro lado de la puerta. Incluso hoy, *monka* (dentro de la puerta) o *montei* (hermanos más jóvenes de la puerta) son las palabras usadas para referirse a los discípulos de un maestro; *ichimon* (dentro de una puerta) se refiere a los miembros de una escuela o familia. *Hamon* (puerta rota) se refiere a alguien que ha sido excomulgado o expulsado de un grupo. Hay muchísimas más palabras con *mon*, todas referidas a la comunidad de personas que han franqueado una puerta.



Puerta de Tiananmen, Pekín



Puerta balinesa

En el zen, sigue siendo tradición, al menos en Daitokuji, que alguien que quiera entrar como discípulo espere a las puertas del templo durante tres días hasta que vaya un monje a por él y lo deje pasar. Mi amigo, el difunto John Toler, estudió zen en Daitokuji y acabó siendo abad en Nara. John me contaba a menudo los rigores de aquella primera prueba de fuego. Se desmayó de sed y agotamiento. Aunque, por supuesto, estaba acordado de antemano con el templo que alguien lo dejaría pasar al cabo de tres días, por lo que tampoco tenía nada que temer.

Décadas después, cuando le preguntaban cómo era estudiar zen en Daitokuji, John siempre empezaba con la historia de esperar a las puertas.

Franquear ese umbral no es algo que hagas a la ligera. Por tanto, antes de entrar, detengámonos un momento y fijémosnos bien.

#### LA REGLA DE TRES

Las puertas de los templos budistas suelen construirse en tres partes. Yo ya llevaba décadas viviendo en Kioto antes de que se me ocurriera esta sencilla «regla de tres». A veces, el tejado que cubre la sección central es más alto, mientras que los que cubren las alas a izquierda y derecha son más bajos.

Sin embargo, normalmente, todas van cubiertas por un mismo techo, aunque, en cualquier caso, habrá tres aperturas en la puerta.

Hacer las cosas de tres en tres satisface profundamente a los seres humanos. Así de simple. Las entradas con tres puertas no son únicas de Japón, ni mucho menos. Los romanos utilizaban una estructura de triple arco para muchos de sus arcos de triunfo y para las puertas de la ciudad; las catedrales góticas tenían pórticos tripartitos y, después de Paladio, este se convirtió en el formato estándar para las fachadas de las

iglesias renacentistas. Probablemente, los orígenes psicológicos sean los mismos.

En cuanto me di cuenta de que las puertas de los templos normalmente tenían tres partes, entendí el nombre habitual con el que se las conocía, *sanmon* 三門 (tres puertas). A veces había visto usar el homónimo *sanmon* 山門 (puerta de la montaña) en los templos, así que siempre había pensado que esa era la versión correcta, ya que un templo también puede llamarse *montaña*. Pero resulta que *tres puertas* es la expresión original.

En residencias privadas y palacios vemos muchísimas puertas de una sola entrada. Por tanto, la regla de tres puede parecer que tiene una relación especial con el budismo. A los monjes, que tienen mucho tiempo libre para teorizar, se les han ocurrido diversas ideas que la explican. Una que se suele oír es la de las «tres liberaciones». La palabra *liberación* tiene que ver con lo que dejas atrás cuando entras, es decir, se acerca mucho a la idea balinesa de que una puerta es una salida de tu vida cotidiana. Por cierto, las tres cosas de las que te libera son la avaricia, el odio y la insensatez.

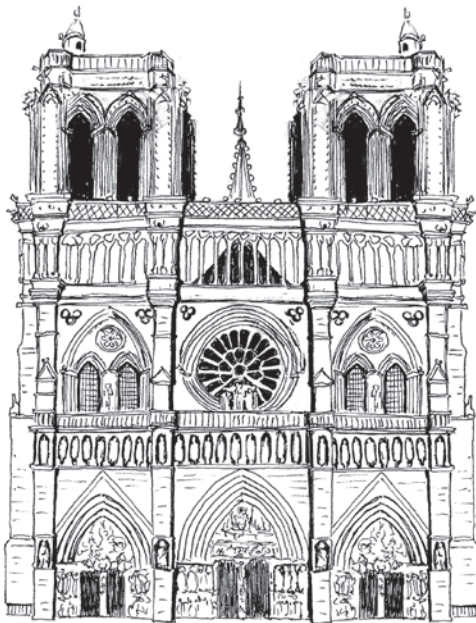
#### PUERTAS SIN PUERTA

El siguiente aspecto que deberíamos considerar es: ¿tienen puerta las puertas? Algunas son muy robustas, con gruesos troncos adornados con ribetes metálicos y enormes cerrojos de madera. La más espectacular es el portón del castillo de Nijo, un lugar que, a fin de cuentas, no dejaba de ser una fortaleza. Sin embargo, también hay puertas sin puerta. Nada más que espacios abiertos y diáfanos entre los pilares.

Algunas de las más grandes, como la de Chion-in en To-fuku-ji, no tienen puertas. Esto contrasta con las grandes puertas de otras partes del mundo, como las de la Ciudad Prohibida de Pekín. Allí son muy robustas, reforzadas con remaches



Triple arco de triunfo romano



Pórtico tripartito de una catedral gótica

de latón, construidas para que los de fuera no entren y los de dentro no salgan. Nunca he oído ninguna reflexión acerca de por qué las puertas sin puerta evolucionaron en Japón. Pero me imagino que, como con otras muchas cosas, es porque los japoneses las construían como símbolos, no como barreras de verdad.

De nuevo, los monjes se han puesto manos a la obra y han alumbrado diversas explicaciones. He leído por ahí que una puerta sin puerta significa que el dharma budista está abierto a todos los que se le acercan; que todo el mundo puede entrar libremente. Sin embargo, muchos templos tienen puertas que se cierran con cerrojo. Así que la cosa no acaba de cuadrar.

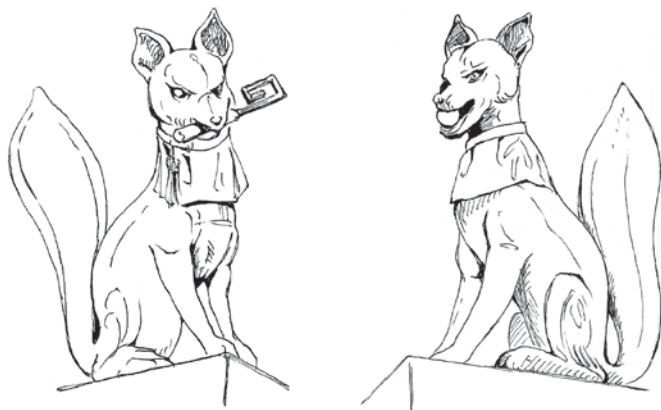
«AH UN»

A menudo, la entrada central es la única que se abre para permitir el acceso de la gente. Si os fijáis, veréis que, aunque la puerta está diseñada con una estructura tripartita, las alas de la izquierda y de la derecha están cerradas para convertirse en espacios que albergan esculturas de deidades protectoras. Para los templos, estos son *nio* (guardianes), moles musculadísimas con los brazos en alto, mirada airada y la boca torcida en forma de grito o mueca.

Huelga decir que sus muecas no son azarosas: siguen una regla. Están invocando sonidos cósmicos, *ah* y *un*. *Ah* es con la boca abierta, *un*, con la boca cerrada; simbolizan lo interior y lo exterior, el alfa y el omega, el sonido y el silencio, el principio y el final de todo.

El *ah un* —uno con la boca abierta, otro con la boca cerrada— pasó de aplicarse solo a los guardianes *nio* a cualquier figura protectora.

Los *shishi* (leones) y los *koma-inu* (perros-leones), siempre en parejas a cada lado de la puerta, siguen esta regla. Lo mis-



Arriba: guardianes *nio*, uno con la boca cerrada, *un*, y el otro con la boca abierta, *ah*; Abajo: zorros en el santuario de Fushimi Inari



Leones-perros guardianes en un santuario sintoísta



mo sucede con las estatuas de los cortesanos del Heian cargados con arco y flechas en la aljaba, y el pelo alborotado; estos ocupan el lugar de los guardianes *nio* budistas en los templos sintoístas.

Aunque es una idea que proviene del budismo hindú, el *ah un* pasó de inmediato al sintoísmo. Los zorros que hay al lado de la puerta principal del santuario de Fushimi Inari —uno con una llave en la boca y otro con una flamante joya— siguen también este principio, como el resto de las esculturas de animales en los terrenos de Inari.

#### «LIMINACIÓN»

En realidad, a medida que nos acercamos al templo, no nos encontramos solamente con una puerta, sino con varias. Esto tiene que ver con la idea de progresar por etapas, de avanzar paso a paso, de ir de lo mundano a lo sagrado. Los complejos de templos más grandes pueden tener una *nandaimon* (gran puerta del sur), llamada así porque se colocaba a los pies del eje norte-sur a partir del cual se construían los templos más grandes. Las *nandaimon* son una especie de reliquia medieval que no se suelen ver muy a menudo en Kioto, pero si queréis ver una, id al templo de Toji, uno de los pocos que quedan en pie del siglo IX, casi de cuando se fundó esta ciudad.

En templos menores o de época posterior, la progresión suele empezar con una *sanmon*, la puerta principal. Si el templo es lo suficientemente grande, puede que haya varias puertas antes o después de esta. Todo esto indica que emprendemos un viaje que nos aleja de la cotidianidad para entrar en un lugar especial y apartado, vamos de menos a más misterios. Esto surge del budismo esotérico, en el que se plantea la idea de que la iluminación se obtiene poco a poco, iniciación tras iniciación.

Sin embargo, hay otra manera de entender, por una parte, la ausencia de puertas y, por otra, las series de puertas. Tiene que ver con algo que es profundamente japonés. Me referiré a ello con el término *liminación*. No perdáis tiempo buscándolo en el diccionario, por favor, me lo he inventado.

Tiene que ver con el concepto de liminalidad, un término que se emplea en Antropología para describir un umbral, algo vago, que no es ni una cosa ni la otra. Para la Antropología, la liminalidad es la condición de estar entre un estado y otro: la ambigüedad en un umbral. Me sirvo de *liminación* justo para referirme a lo contrario.

La *liminación* también significa umbral, pero en este caso, es uno que está muy claro. Implica poner fin a la ambigüedad. Significa trazar líneas, disponer las cosas de tal manera que se vea que cada espacio, por separado, tiene un uso concreto, y que estos espacios, a su vez, están separados de otros espacios mediante barreras.

Por cierto, esto va en contra de lo que muchos japoneses piensan sobre su propio país: mientras que Occidente es claro y preciso, Japón es vago y ambiguo. El novelista Kenzaburo Oe llegó a titular su discurso de aceptación del Nobel, que le concedieron en 1994, «Japón, el ambiguo y yo mismo». Sin embargo, se podría afirmar que, en realidad, es justo lo contrario: no hay zonas grises, siempre hay una línea trazada.

Japón pone en práctica la *liminación* constantemente, desde cuando define las estaciones (no solo las cuatro estaciones, sino cada semana en el caso de las flores para la ceremonia del té), hasta con los suelos y techos de las diferentes partes de la casa, e incluso con las juntas entre los tatamis. Por tanto, una puerta solo es algo que franqueas para llegar de un punto a otro. Tiene que desempeñar un papel en la «secuencia de *liminación*». La puerta está al principio, a la mitad o al final de un camino.

En muchos templos y santuarios, hay un sendero de entrada que empieza incluso antes de que llegues a la puerta principal, la *sanmon*. Se le llama *sando* (sendero de peregrinación). Puede que haya una puerta de entrada al principio y unas cuantas puertas menores a lo largo del camino. Una vez atraviesa la puerta principal, el *sando* continúa y se va encontrando con más puertas.

Los *sando* pueden ser de dos tipos: axiales y circulares. Los axiales solamente se encuentran en los templos zen, pero también en santuarios más grandes como Kitano Tenmangu. Los templos o los edificios de un santuario están alineados siguiendo un eje norte-sur, y el *sando* sigue ese eje. Puede zigzaguar en algún tramo, pero, en esencia, está alineado con el eje norte-sur.

El *sando* axial es distintivo de complejos que fueron planeados y construidos de una sola vez, por lo que siguen un sistema claro. Mil años después de que se fundara, el eje central del templo Toji sigue siendo claramente visible.

En contraste con el diseño clásico de Toji, hay un tipo de *sando* que es circular, como los serpenteantes accesos a Kinkakuji y Ryoanji. Fueron ideas que se les ocurrieron a posteriori, se abrieron en los terrenos de lo que antes habían sido palacios aristocráticos del periodo Heian, así que no responden a ningún planeamiento previo. Discurren como un río lleno de meandros alrededor del estanque y ascienden por la colina. De esta manera se puede saber que estos lugares, aunque sean templos zen oficiales, no tienen la misma seriedad que otros. Si antaño fueron un palacio de placeres, siempre lo serán.

Hay un tipo especial de sendero circular que no suele verse en templos, pero que puede encontrarse en el castillo de Nijo: la hélice. Allí atravesamos una robusta puerta remacha-

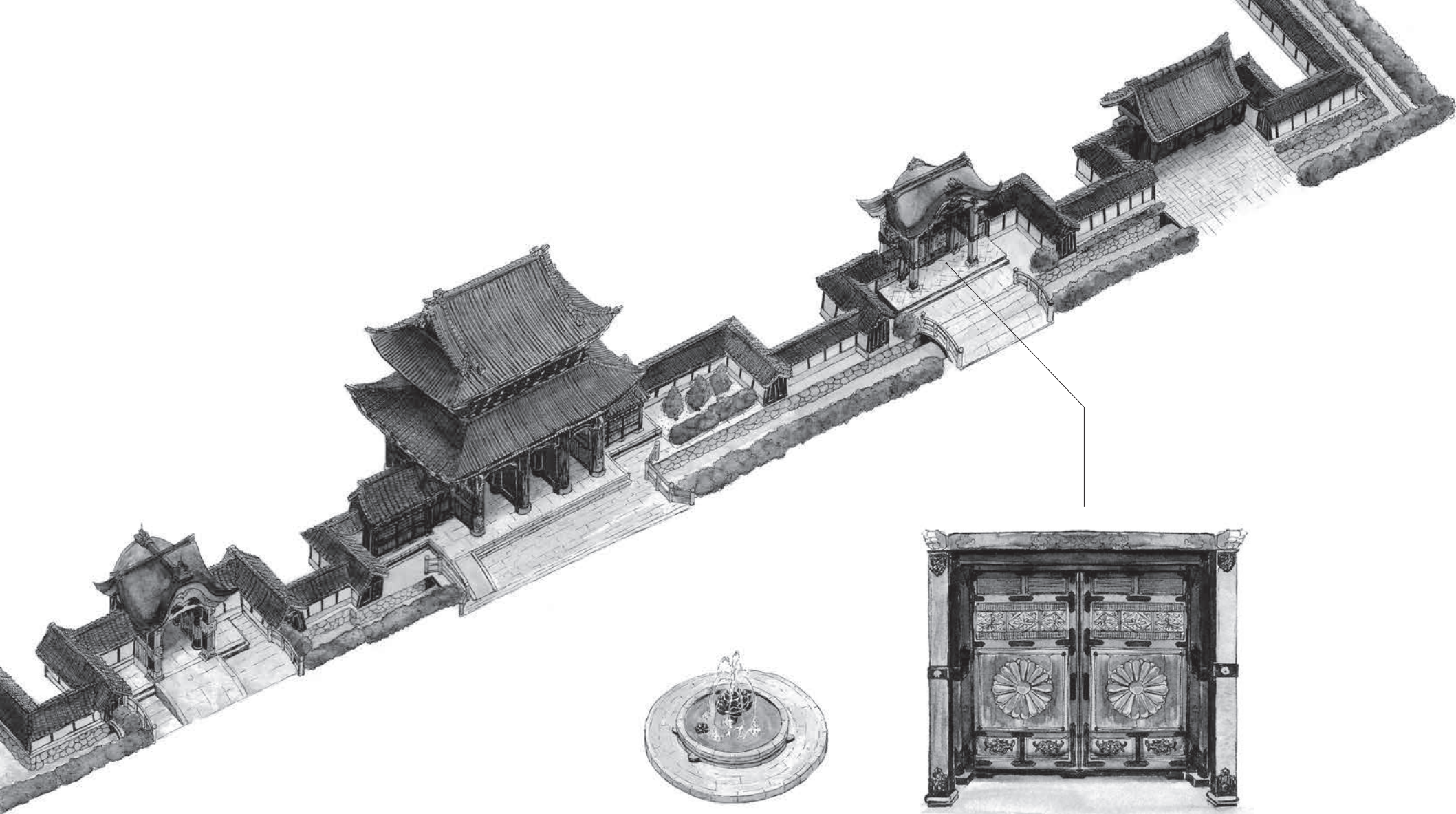
da con hierro, con ventanucos proyectantes desde los que se podía disparar a los invasores; y luego, lo que vemos enfrente es una pared lisa. Nos toca rodearla y luego girar a la derecha para acercarnos a la puerta interior. Era una estrategia defensiva para que a las tropas de atacantes les costase cargar directamente contra el palacio.

En cambio, Kioto y las antiguas capitales inspiradas en China, como Nara y Asuka, eran cuadrículas centradas siguiendo un eje norte-sur con puertas en los cuatro puntos cardinales. La puerta más famosa era la Rashomon, al sur, el equivalente urbano de la *nandaimon* de un templo. Mucho antes de los jardines zen, la ciudad tenía sus ejes y puertas. Así, los complejos axiales dentro de la ciudad, como Toji, Myoshinji o el Palacio Imperial, por mencionar solo algunos, no hacen más que repetir a pequeña escala el planeamiento original de Kioto.

De vez en cuando, nos topamos con un templo que se sale de los esquemas habituales, y en Kioto hay dos de ese estilo bastante grandes: Higashi-Honganji y Nishi-Honganji, sedes centrales de las sectas rivales del budismo de la Tierra Pura (Jodo Shinshu). Allí no encontramos ningún *sando*. Ambos complejos de templos lindan directamente con una avenida principal, por lo que no hay un acercamiento gradual. Franqueas la puerta y estás en el templo, así de simple. Estos dos recintos son inusuales porque, a diferencia de la mayoría de los templos grandes de Kioto, no están en las faldas de las montañas, sino en pleno centro de la ciudad. En esa zona, el suelo era demasiado caro, así que tuvieron que arreglárselas sin *sando*.

Otro factor que tal vez pueda explicar por qué estos dos templos no tienen *sando* es que, antes de que trasladaran sus sedes centrales a Kioto a principios del siglo XVII, las sectas de la Tierra Pura eran conocidas por su igualitarismo radical. Sus adeptos construyeron ciudadelas armadas, sobre todo en Osaka, desde las que lucharon durante siglos contra caudillos militares y monjes desbocados de otras sectas. No querían te-





Serie de puertas en el templo Higashi-Honganji.  
De izquierda a derecha: *Amidado-mon*, *Goeido-mon*,  
*Kiku-no-mon*, *Genkan-mon*

Kiku-no-mon

ner nada que ver con los niveles graduales de iluminación que se encuentran en el budismo esotérico o zen; en las sectas de la Tierra Pura, lo único que había que hacer era entonar el nombre del bodhisattva Amida y así se alcanzaba la salvación. Por tanto, me imagino que cuando se establecieron en Kioto, no necesitaron tantas barreras para marcar las diferentes fases de «interioridad» y «exterioridad».

Podían vivir sin el *sando*, sin embargo, sí que necesitaban puertas. En Higashi-Honganji, dispusieron toda una variedad de puertas contiguas encastradas en el muro que da a la calle Karasuma. Es como si fuera una exposición de tipos de puertas seleccionadas con esmero por un galerista. La *Genkan-mon* (puerta de entrada), sin mucho adorno; la *Kiku-no-mon* (puerta del crisantemo), que nunca se abre; la enorme y tripartita *Goeido-mon*, que tiene tres puertas (y es la puerta de templo más alta de Japón), y la arqueada *Amida-do-mon*, techada con astillas de *sugi*, cedro japonés. Toda una exhibición de puertas.

#### ESCALERAS AL CIELO

Un elemento común en los *sando* y, especialmente, en las puertas, son las escaleras. Podría decirse: bueno, pues sí, hay escaleras. Podría parecer algo que no vale la pena ni comentar, pero, en realidad, las escaleras son una parte muy importante a la hora de visitar un templo. Aunque a veces no llegan a constituir una gran escalinata, siempre hay un par de peldaños, quizá tres o cuatro, que conducen a la puerta o que parten de ella. Indican que estás escalando una montaña; pero no cualquiera, pues esta en concreto tiene nombre: el monte Sumeru, el centro del universo en el culto budista e hinduista, encarnado en este tipo de espacios. Como los templos jémeres de Angkor Wat, en Camboya, o las pagodas chinas y ja-

ponesas, todos son representaciones en miniatura del sagrado monte Sumeru.

Existe una regla universal: para acceder a un templo, hay que ascender. La única excepción que me viene a la mente es el templo de Sennyuji, al sureste de Kioto. Puede que el motivo por el que tuvieron que construir el *sando* de otra manera fue que Sennyuji se encuentra en un pequeño valle. Tras ascender hasta la puerta de entrada, el *sando* desciende en picado por el valle y allí abajo, a tus pies, se ve la sala principal y, detrás, las dependencias amuralladas del abad. Parece como si hubieras cruzado el Himalaya y estuvieras descendiendo hacia Shangri-La.

#### LA CULTURA DE LA PIEDRA

A los japoneses les encanta decir que «Europa es la cultura de la piedra y Japón, la cultura de la roca»; pero Japón también fue una cultura de la piedra. Allí donde vayáis encontraréis paredes de piedra, peldaños de piedra, tumbas de piedra, estatuas Jizo de piedra, estupas de piedra, monolitos de piedra con poemas grabados, caminos de piedra en los jardines, senderos con grandes losas de piedra...

La razón por la que estas piedras resultan conmovedoras subyace en la manera que tienen de envejecer. Antiguamente, en Japón, para grabar en piedra, lo que hacían era dejarla a medio terminar. Los bordes no quedan del todo rectos, ni se pulen ni se esmaltan. A lo largo del tiempo, estas piedras toscas podían soportar mejor el clima húmedo del país.

Los peldaños cubiertos de líquen, partidos, desmoronándose, parecen sacados de tiempos antiguos, de épocas míticas. La neblina primigenia de Japón sigue envolviéndolos. Ese es el culto de la piedra japonesa. Por eso resulta más que sorprendente que la ingeniería civil moderna del país se centre de manera obsesiva en la suavidad y la blancura del hor-